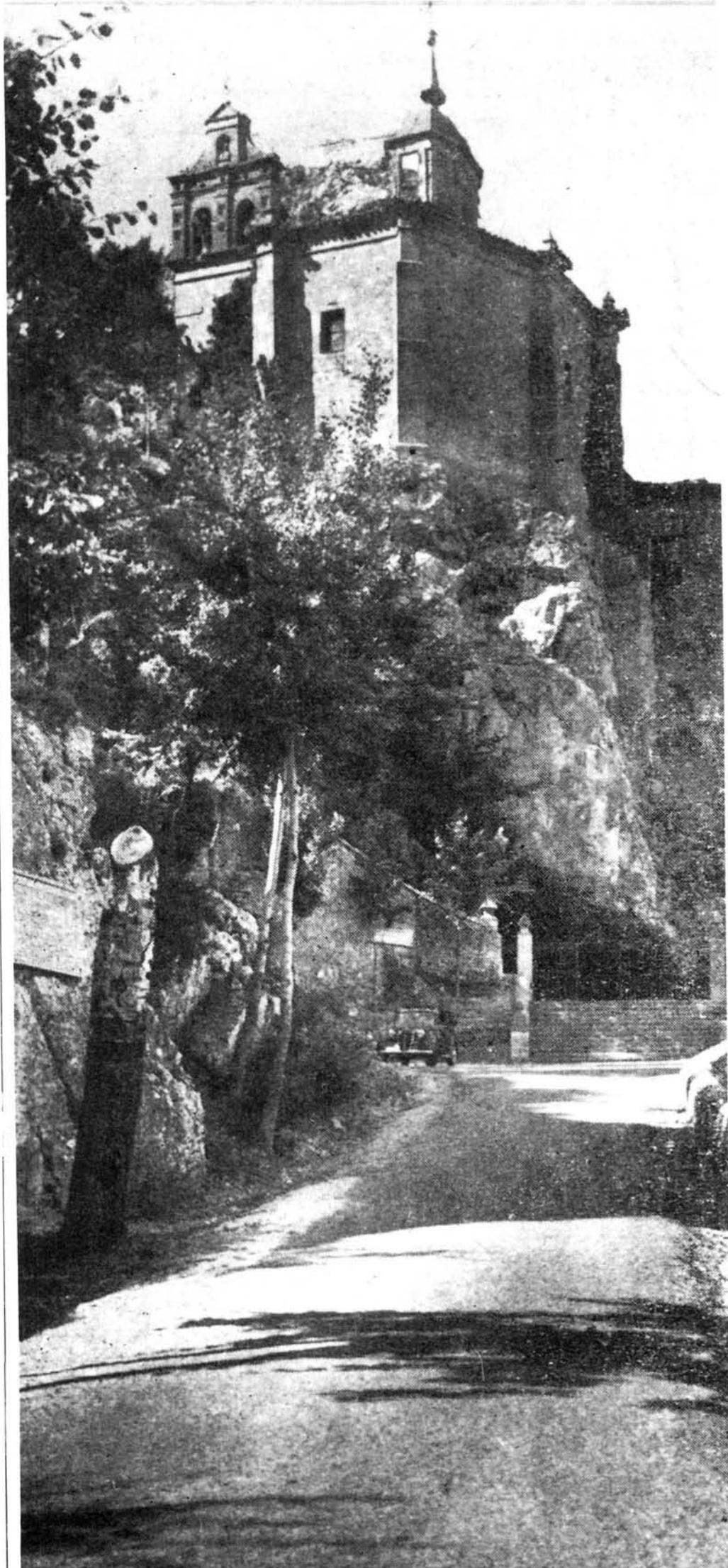


fue máxima, sino que tan sólo unas leves muestras del mismo —interrogatorio— resumirá este infolio, como prueba del desorden intelectual que siempre y sin excepción va adherido a las actividades desestabilizadoras de los enemigos internos del Estado, desorden —intelectual— que la misericordia psiquiátrica puede eventualmente no justificar, aunque sí al menos explicar, pero que la Justicia debe siempre y sin excepción castigar sin ceder a la compasión, puesto que al psiquiatra le está destinada la defensa de una conciencia enferma, mientras que a la Justicia corresponde la defensa de una sana comunidad, y ello obliga a que nuestra Democracia Absoluta, que concede, sí, voz y voto a las minorías, deba penosamente, puesta en el dilema crucial, elegir la salvaguarda de las mayorías, que al fin y al cabo están compuestas —las mayorías— por la suma de unidades individuales: evidencia que arruina todo el andamiaje demagógico de cuantos, en nombre de la defensa del individuo —¿qué individuo: el individuo perverso que desprecia y agrede a los también individuos que configuran a las mayorías? ¿se advierte el desorden intelectual e inclusive moral de las reflexiones asociales de quienes a sí mismos se tildan de revolucionarios?—, arremeten contra el Estado, como, volviendo a la cuestión esencial del informe presente, arremetieron los siete monstruos detenidos, los cuales ni siquiera disponían de diplomas que probaran que habían efectuado estudios astrológicos.

Preguntados que fueron, en efecto, sobre si disponían de estudios de astrología en el momento de redactar el horóscopo envenenado, respondieron que no sólo carecían de los tales estudios, sino que incluso descreían de esa ciencia, a la que, por lo demás, ellos no mencionaron como ciencia, sino como literatura oscurantista, embaucadora y cursi. A la pregunta de por qué utilizaron ellos precisamente una tal técnica de embaucamiento en contra del candor de sus conciudadanos respondieron que, conociendo dicho candor, pretendían subvertirlo —el candor— y transformarlo en desorden y desobediencia como paso previo a otros hechos revolucionarios que los conduciría a la toma del Poder y la proclamación de un Estado Salvador de los Ofendidos (ESO). A la pregunta —del fiscal— de si no creían ellos —los delincuentes— que el uso del lenguaje misterioso del horóscopo, en el que no creían, en contra del candor de los conciudadanos, a quienes evidentemente trataban de manipular mediante la redacción del horóscopo —en el que no creían— revelaba ningún respeto por aquellos a quienes pretendían salvar —los ciudadanos—, «explíqueme ese galimatías», concluyó irónico el fiscal, respondieron ellos —los delincuentes— que, primero, para derribar al Estado, cualquier procedimiento quedaba justificado automáticamente; segundo, que ellos no perseguían un Estado en el que los ciudadanos se afelpasen en el candor, sino en el que se erizasen en su ira; y tercero: que la revolución les merecía respeto, no así los actuales ciudadanos amaestrados. A la pregunta de si una vez instalados en el Poder —los delincuentes— continuarían estimulando la ira de los ciudadanos y no su candor, respondieron —los delincuentes— que de ninguna manera, que en una primera etapa, sin ninguna duda muy duradera y posiblemente indefinida, ni el candor ni la ira de la ciudadanía serían consentidos por el Nuevo Orden (NO),

ya que el Futuro Paraíso (FP) no se alcanzaría, de alcanzarse, sino convirtiendo a los nerviosos y a los plácidos —es decir: a todos— en verdaderos adultos, capaces de ajustarse al sueño viril de una, así la llamaron, Revolución Alerta, Constante e Implacable (RACI). A la pregunta —del fiscal— de si no creían, «vamos a hablar sinceramente», dijo el fiscal, que ese Estado revolucionario, alerta, constante e implacable que proyectaban —los delincuentes— se parecía tan demasíadamente a nuestra Democracia Absoluta que casi podía confundirse con ella, excepto en lo que atañe a las libertades, garantizadas entre nosotros y dudosas en el Estado futurible de ellos, «de ustedes», dijo educadamente el fiscal, respondieron —los delincuentes— que las libertades no eran sino un supremo mecanismo de embaucamiento y que de ningún modo ellos embaucarían a las masas, así las mencionaron, sino que, por el contrario, se pondrían a su vanguardia —de las masas— para marchar todos unidos («¿ustedes delante?», preguntó el fiscal; «nosotros delante», confirmaron los delincuentes), a la búsqueda de la justicia, la igualdad, la libertad, la redistribución de la renta, la fraternidad, la equidad del racionamiento, el progreso, los campos de concentración harto menos inhumanos que los hasta ahora existentes, la igualdad de oportunidades, el pleno empleo, la fraternidad, repitieron, la igualdad, repitieron, y la felicidad: en vista de lo cual, esto es, de que las consecuencias de tan bostezatoria y barbitúrica conversación programática no parecían ofrecer sino resultados muy parcos, el fiscal, cambiando hábilmente de tema, preguntóles —a los delincuentes— si cultivaban la homosexualidad, a lo que los delincuentes dichos respondieron que no, pero que por el momento no la consideraban punible. Preguntados que fueron, finalmente, por qué habían confeccionado el horóscopo envenenado, no según el orden cronológico que siguen los brujos extranjeros, sino según el orden alfabético de signos zodiacales que es el usado por los científicos astrológicos de nuestra Democracia Absoluta, los perturbadores se miraron entre sí, desconcertados, in fraganti, al borde del anonadamiento: lo que expuso a los jueces a la intemperie de la misericordia, ya que esa vacilación de los delincuentes a la búsqueda de una respuesta que no podía ser otra que la de confesarse impregnados por la Unanimidad y el espíritu científico de nuestra Democracia Absoluta resultaba conmovedora: por lo que los jueces, expuestos, como queda dicho, a los huracanes de la compasión, y desoyendo el hecho de que su doble deber fundamental era, a) hacer justicia, y b) dar satisfacción al común, que en manifestación aguardaba ensordeciendo las calles y abarrotando la plaza de la Constitución a que los envenenadores de horóscopos fuesen ajusticiados, otorgaron una inmerecida oportunidad a los agitadores, oportunidad que ellos, para crecimiento de la felicidad del común, declinaron: dióseles, en efecto —a los delincuentes— la opción de sustituir la pena máxima por la de cadena perpetua, siempre que accediesen a erigirse en culpables arrepentidos y contritos. Inexplicablemente y con irrefrenable sadismo eligieron la guillotina —que les fue concedida.

Félix Grande



Camino y ermita de San Saturio, en cuyo lugar figuran varias estrofas de los versos del poeta.